

La Puerta (horror)

David Romeo Avila



Image not found.

Capítulo 1

La puerta

Nora no era solo una darketa de fase. Tenía en verdad fascinación por el ocultismo, los demonios, los entes y los mundos entre los mundos. Todo aquello de lo que las tías solteronas huyen y te apremian a mantenerte ajeno también. Nora estudiaba ciencias antropológicas en la universidad pública. Su vestimenta era siempre la misma desde hacía 4 años, cuando aún estaba en la preparatoria, y decidió abrazar la oscuridad como modo de vida: medias negras, zapatos negros, ropa negra y cabello pintado de tono azabache. Los únicos colores diferentes en ella eran el delineador rojo de ojos y el morado oscuro en sus labios.

Nora creía firmemente en eso, en la oscuridad como medio de vida. Pensaba que las filosofías que hablaban de luz, de hadas y de dioses benévolos eran simplemente otras maneras, no de su agrado, de transitar el camino. No malas necesariamente sino tontas y cursis. No, a Nora le gustaba lo directo, severo y rígido. Era como cuando obtienes una nota reprobatoria en un examen final. Para Nora, las filosofías de luz animaban a pedir perdón, a retorcerse en tristeza un rato para ser solemne y amorosamente "perdonado" por el catedrático; el cual ideaba entonces una manera de elevar la calificación. ¿Qué haría la oscuridad? Ser inflexible. Si has reprobado, reprobado estás y a lo que sigue. Apruebas el siguiente o te das de baja y te forjas otra vida. Nunca pedir perdón. Nunca caer presa de la tristeza ni del victimismo. Nunca ser débil.

Sin embargo Nora no había tenido ninguna experiencia sobrenatural con ninguna entidad. Quería experimentar un encuentro de ese tipo pero a pesar de sus esfuerzos nada había sucedido. Había usado la Ouija (no la de plástico sino la de madera), seguido rituales con cánticos medievales de invocación demoníaca e incluso recitado el juramento de fidelidad a la oscuridad sentada en medio de un pentáculo pintado al revés en rojo, a la media noche, entre velas y espejos.

Nada.

Bueno, tampoco es que haya conocido a alguien con experiencias paranormales ni de luz ni de oscuridad. Quizás después de todo no existía nada de eso y nuestra presencia aquí era meramente un resultado de coincidencia química y física.

Aún así su búsqueda continuaba.

El miércoles 19, hace un mes y sin saber por qué, se internó en el sucio y extraño barrio chino de la ciudad de México. Hacía frío. 7 grados centígrados a las 6 de la tarde. Densas nubes grises cubrían todo el

ruidoso y caótico valle. Nora caminaba con su abrigo largo, negro por supuesto, el pelo suelto a merced de las ráfagas de aire helado y una mochila del mismo color colgada en diagonal por sus hombros. No buscaba nada en especial. Solo caminaba viendo las tiendas y los adornos pálidos en rojo: lámparas e imágenes de dragones orientales principalmente. De repente, una pequeña tienda llamó su atención. Era una puerta diminuta y a desnivel en relación con las demás. Parecía que sobresalía desde el subsuelo. Al acercarse, notó que efectivamente la tienda se encontraba varios centímetros hundida. Quizás un metro inclusive. Al lado de aquella puerta un escaparate rectangular exhibía artículos chinos variados: desde medicinas, arroz deshidratado y palillos hasta imágenes y objetos de la suerte.

Dudó en entrar pero al estar tan cerca alcanzó a escuchar por la puerta entreabierta las suaves notas de jazz y blues de Norah Jones, interpretando "New York City". Tomó esto como una señal inconfundible, y con cautela, descendió el par de escalones que la situarían frente a la pequeña puerta negra. Poco a poco empujó y al tiempo que las bisagras chirriaban, puso un pie dentro de aquel lugar. Unas campanillas en contacto con la puerta dieron aviso de su entrada; a quien sea que estuviese adentro.

La luz eléctrica era demasiado tenue. Las velas dispuestas por toda la tienda compensaban un poco pero creaban a su vez un sin fin de sombras lúgubres en movimiento. Olía a amoníaco y a grasa animal.

Nora avanzó a paso lento por entre los angostos pasillos, estantes atestados de artículos y velas encendidas. En ese instante se percató de que ya no escuchaba la voz de Norah Jones ni su teclat en el piano. A pesar de que solo habían transcurrido algunos segundos, no pudo recordar el momento en el que dejó de escucharlas. Nora sintió miedo. Su corazón comenzó a palpar aceleradamente y su respiración a hacerse breve e insuficiente. Dio la media vuelta para salir cuando escuchó una voz entrecortada y suave pero áspera y chillona a la vez.

-Nĩ hãõ querida. -Dijo una mujer madura de características perturbadoras desde atrás de un mostrador.

Sentada en un banco de madera, esta mujer tenía los brazos y las piernas en aberrante desproporción con el tamaño de su torso y cabeza. Sus ojos asiáticos tenían un severo estrabismo alternante. Hipertropia y endotropia, por lo que el primero se movía verticalmente en tanto el otro se acercaba al área de la nariz. Era imposible saber a dónde miraba la mujer. Sus pupilas eran de un color negro sumamente intenso. El rostro mostraba algunas llagas y exceso de humedad cutánea. Formaciones orgánicas alrededor de su boca mostraban que había salivado abundantemente y no se había limpiado. Con movimientos entrecortados y a veces erráticos, metía las manos a un gran trozo de carne y extraía de

él grasa amarillenta.

Nora no pudo disimular una mueca de asco y temor. Por segunda ocasión, dio la vuelta para salir de aquel lugar inmundo pero se detuvo al escuchar de nuevo la voz ácida y tosca de la mujer.

-Te conozco Nora. Quieres ver, quieres saber, quieres encontrar. Quieres experimentar. Yo puedo ayudarte fácilmente. -pronunció con dificultad.

-¡Pero debe doler! ¡Usted debe estar sufriendo mucho! -rebatió Nora escandalizada cubriéndose la nariz debido al penetrante olor.

A un lado, sobre el mostrador, una cucharacha café claro salía del interior de un dumpling a medio comer.

-Oh preciosa. Es sólo apariencia. Yo ni siquiera estoy aquí en realidad. -contestó la mujer con una sonrisa chueca.

-¿Quieres o no? -espetó de pronto con brusquedad, violencia y enojo en una voz completamente diferente, grave y baja, al tiempo que agachaba la cabeza. Volteó a ver de nuevo con los ojos estrábicos a Nora, sonrió levemente, y continuó tranquilamente extrayendo la grasa de aquella pieza de carne.

-Sí. Dígame cómo. -respondió Nora con estúpida valentía.

-Es más simple de lo que piensas. -instruyó la mujer en una tercera voz, suave, susurrada y ronca.

-Toma aquella vela negra detrás de ti. Sal de la tienda, camina diez metros a tu izquierda y luego dobla a la derecha en el callejón sin nombre. Quince metros adentro del callejón y de tu lado derecho, encontrarás una puerta asegurada por una reja blanca y cadenas. Al lado izquierdo verás un pentagrama y letras pintadas en la pared. ¡Es ahí! Siéntate frente a la puerta y prende la vela. -indicó con gran ansia y prisa.

Nora dudó unos instantes. Su inteligencia le decía que saliera inmediatamente de ese lugar sin hacer el más mínimo caso pero eso sería ir en contra de su gran búsqueda. Decidió intentar lo que la mujer decía. De cualquier manera, jamás había sucedido nada. ¡Y vaya que lo había intentado todo a pesar de los nervios! Quizás la mujer sólo estaba loca.

Como sea, lo haría, lo intentaría.

Tomó la vela negra.

-¿Cuánto le debo señora? -preguntó Nora.

-Oh...ya me has pagado querida. -respondió ella bajando la mirada para proseguir su fétida tarea.

Nora salió de ahí rápidamente al bullicio y a los empujones del barrio chino. Siguió las indicaciones al pie de la letra y pronto se encontró en el callejón oscuro y solitario, apenas a algunos metros del ajetreo. Encontró la puerta descrita entre pinturas urbanas escalofriantes y propagandas de conciertos de metal pesado. Ahí, parada con la vela negra entre sus manos frente a aquella puerta cerrada, dudó por última vez.

-¡Lo voy a hacer! -se dijo a sí misma tratando de contener el temblor de sus manos.

Se sentó mirando la puerta, cruzó las piernas, puso la vela erguida en el piso frente a ella y la prendió.

Cerró los ojos con gran fuerza por unos instantes en espera que lo que fuera que sucediera.

Nada.

Aún con los ojos cerrados trató de aguzar el oído para intentar darse cuenta de algo diferente.

Silencio.

Poco a poco abrió los ojos. Todo parecía estar igual excepto por la vela negra que se encontraba apagada.

-El viento apagó la vela y todo esto es una idiotez. Me voy a casa a ver televisión y dormir. -pensó Nora, riéndose de sí misma al haber sentido un poquito de miedo por nada.

Se levantó, dejó la vela apagada en el piso y caminó de regreso a la calle comercial del barrio Chino. En ese momento se dio cuenta de que no había nadie. El anterior murmullo de compradores y vendedores había desaparecido junto con sus cuerpos. La calle estaba desierta, los negocios cerrados y las luces apagadas. El silencio era sepulcral. Ni siquiera se escuchaba el rumor de cláxones, motores y aviones en la lejanía. Silencio. Silencio total.

De pronto escuchó algo. Primero a lo lejos y después más y más fuerte hasta hacerse estridente. Era un sonido aterrador y difícil de describir. Como si miles de violines desafinados y gatos en agonía lanzaran alaridos

de desesperación al unísono.

Ahí fue cuando lo vio.

Desde el fondo de la calle una sombra romboide se acercaba a pasos vertiginosos. Grandes cuernos le sobresalían de la cabeza y del resto emanaban brazos por todas partes. Avanzaba moviendo ágil pero arrítmicamente unas gruesas patas parecidas a las de un avestruz.

Nora eloqueció de horror. Jamás había sentido tanto miedo, angustia y desesperanza. ¿Qué había hecho?

Dio la vuelta en un intento instintivo de correr por la calle vacía y oscura pero cada vez escuchaba más y más cerca ese horrible y ensordecedor sonido. Más y más...más y más....más y más.

Finalmente se sintió alcanzada por un brazo. Sintió como si se lo arrancaran.

Y gritó.

Gritó y gritó con todas sus fuerzas.

Gritó y gritó...